

Libros y revistas *extra*–ordinarios



## **Libros y revistas *extra*–ordinarios**

**Frances A. Yates (2005), *El arte de la memoria*, trad. Ignacio Gómez de Liaño, Madrid, Siruela.**

**Harald Weinrich (1999), *Leteo. Arte y crítica del olvido*, trad. Carlos Fortea, Madrid, Siruela.**

**L**a relación entre memoria y lenguaje ha sido un tema de escaso interés en nuestra disciplina, a pesar de que Saussure consideró a la memoria como un elemento indispensable para explicar el funcionamiento del sistema de signos, en particular, del eje paradigmático, pues las asociaciones dependen por completo de la posibilidad de que guardemos en nuestra memoria un conocimiento gramatical que evocamos cada vez que construimos una cadena sintáctica. De ahí surge una metáfora que considera a la memoria como un “almacén” en el que depositamos toda la información *in absentia*, que es de una abundancia abrumadora para poder ser manejable en la conciencia. En virtud de que la lengua es un sistema social de signos, en la dimensión diacrónica, Saussure considera que los cambios lingüísticos se rigen por el principio de la creación analógica, que establece que lo nuevo siempre surge de lo dado, esto es, paradójicamente el lenguaje cambia y no cambia, porque nuestra memoria lingüística se reconfigura constantemente.

Este preámbulo me sirve para presentar dos libros que, si bien no son textos que se refieran estrictamente al lenguaje, muestran la importancia que tiene la memoria y el olvido en la historia de nuestra cultura. El primero de esos textos, *El arte de la memoria*, es obra de una erudita, Frances Yates, que gozó de poca fortuna en el ámbito académico de la filosofía inglesa, debido a que su investigación no encajó en el marco de los temas dominantes de la época, pues el arte de la memoria o mnemotecnia había pasado a formar parte de los estudios sobre la retórica antigua, como una mera técnica para recordar los argumentos de un discurso de oratoria, sin tomar en cuenta que los mecanismos implícitos en esta técnica tenían que ver directamente con los procesos de representación de la realidad. Desde este punto de partida, Yates se interesó por indagar la relación que este arte tuvo con la filosofía occidental y arriesga una tesis de enorme interés, a saber, que

este arte, que aparece en la Grecia antigua, y que luego fue retomado por Cicerón y Quintiliano, nunca se perdió, aunque si fue transfigurándose en las distintas épocas de la historia, de acuerdo con las visiones del mundo dominantes. La cuestión se centra en el hecho de que este arte concebía a la memoria como un espacio dividido en lugares (*loci*) habitados por imágenes (*imaginibus*), los lugares servían para ordenar los pensamientos, y las imágenes, para asociarlos con objetos rememorables que garantizaran el recuerdo, ya que los símbolos extravagantes son los que más fijos se quedan en la memoria por alejarse de lo común. Yates muestra la relevancia del tema para el estudio del arte, de la filosofía, de la religión y de la ciencia, una vez que atendemos al hecho de que el pensamiento requiere de representaciones simbólicas de la realidad que den forma a nuestro conocimiento.

De esa manera, si el arte clásico de la memoria era necesario porque la escritura todavía no jugaba el papel de depositaria de la memoria; en la Edad Media, su función fue la de garantizar el aprendizaje de los principios morales religiosos, una vez que las imágenes retomaban la disposición de los símbolos como elementos útiles para asociarlos con la imagen moral del bien y el mal; una tendencia que tiene una de sus obras más destacadas en la *Divina Comedia* de Dante y su representación del infierno. Por otra parte, la relación que se establece en la Edad Media entre el arte de la memoria y la Cábala, y la relevancia que tendrá esta unión en el pensamiento renacentista, nace de la consideración de que la divinidad está presente en la memoria porque su disposición simbólica revela la presencia de lo divino en lo humano, de la misma manera en que se manifiesta en las constelaciones celestes, cuyos atributos matemáticos y geométricos le dan un carácter universal y divino. El mayor representante de este pensamiento fue Ramón Llull, un cabalista mallorquino, cuya vida de leyenda dio lugar a una corriente de pensamiento que heredaron Pico de la Mirandola y Giordano Bruno, entre muchos otros. La filosofía de Bruno es el tema más importante en el estudio de Frances Yates, porque si bien Bruno ha sido considerado un mártir de la ciencia, al asociarse su muerte con la defensa de una concepción del universo que se adelantaba al pensamiento moderno, Yates pone atención en otro aspecto más interesante del pensamiento bruniano que consiste en subrayar la importancia que Bruno le atribuyó a la imaginación en la conceptualización de la realidad, un tema que, por cierto, fue central en los debates que Bruno enfrentó con los puritanos de Oxford de tendencia aristotélica. En esas discusiones, Bruno tomó una posición neoplatónica y defendió la tesis de que el pensamiento es por esencia simbólico, porque: “Entender es especular con imágenes”, y el entendimiento, “o es fantasía o no existe

sin ella” (305), con lo cual se oponía a los neoplatónicos, quienes consideraban que el pensamiento racional se caracterizaba por llevar a cabo procesos de cálculo sin ningún vínculo con las imágenes, a las que ligaban con un pensamiento irracional y mágico que era peligroso para una teología seria que consideraba a la magia como una creación diabólica.

Yates cierra su libro señalando la importancia que tuvo el arte de la memoria en la creación del método científico formulado por pensadores como Francis Bacon, Isaac Newton y Gottfried Leibnitz, quienes retomaron las tesis de Bruno y Llull en su búsqueda de universales fundados en los lenguajes de la geometría y las matemáticas. La autora considera que estos estudios pueden continuarse en épocas posteriores, de manera que pueda seguirse la presencia de esta forma de pensamiento hasta la contemporaneidad, pues dice ella:

Se puede decir que las investigaciones serias de este arte olvidado no han hecho más que empezar. Tales materias no tienen tras de sí, hasta el presente, el aparato de una erudición moderna organizada; no forman parte de los programas de estudios habituales; y por eso se las margina. El arte de la memoria es un caso muy claro de materia marginal, a la que no se le reconoce como perteneciente a ninguna de las disciplinas normales, habiéndosela pasado por alto porque era asunto de nadie. Y, sin embargo, se ha vuelto, en cierto sentido asunto de todos. La historia de la organización de la memoria toca puntos vitales de la historia de la religión y la ética, de la filosofía y la psicología, del arte y la literatura, del método científico. (448)

Valdría la pena aceptar esta invitación y comenzar la investigación, por supuesto marginada hasta ahora, de la relación entre memoria y lenguaje. Una perspectiva que no podría dejar de considerar el papel que tiene el olvido en la organización de nuestra memoria lingüística, pues tal y como plantea el catedrático en romanística del Collège de France, Harald Weinrich, el estudio del olvido es una fructífera vertiente filológica de los estudios del lenguaje y la cultura.

Weinrich elige como título de su libro, *Leteo*, porque era el nombre del río que conducía al Hades en la mitología clásica, y es que el olvido es una forma de muerte porque se opone a la vida imaginativa que caracteriza a la memoria y sus recuerdos. Esta perspectiva, señala, por otra parte, la importancia que el autor le atribuye a las analogías y a las metáforas que aluden al olvido para comprender la manera en que lo hemos entendido a lo largo de la historia; pues si por un lado, y en oposición al paisaje de la memoria, las imágenes del olvido se presentan como páramos desiertos en los que el viento ha borrado todo, o lo ha enterrado, también

se refieren a un pozo, a la niebla, a aquello que evoca la oscuridad del fondo del “almacén”. Y es que el olvido puede entenderse como un hueco de la memoria en el que caen las cosas; aunque no siempre para mal, porque también a veces el olvido es necesario para descansar de un recuerdo que nos atormenta. Digamos entonces que el olvido también es una acción que consiste en llevar a las imágenes hacia “otro lado”, quizá al no-espacio. Weinrich considera a estas imágenes del vacío en que habita el olvido, como trasfondo de nuestra existencia, de ahí que su labor consista en ir recopilándolas a lo largo de su recorrido por el *Leteo*, en el que se encuentra con Homero, Platón, San Agustín, Dante, Rabelais, Cervantes, Descartes, Locke, Kant, Casanova, Goethe, Nietzsche, Freud, Mallarmé, Valery, Proust, Pirandello, Sartre, Celan, Primo Levi, Bernhard y Borges, por citar a algunos de los más relevantes.

La tesis fundamental del libro descansa en la convicción de que la memoria y el olvido operan juntos, puesto que si el mito del progreso se funda en la creencia de que es necesario olvidar lo anterior para superarlo, habría otra postura antagónica que se resiste al olvido y subraya la importancia de recordar lo que se quiere dejar en el olvido; en una tensión que determina la interpretación de la historia y que sitúa a la rememoración en el plano de lo poético. Cuestión que plantea Nietzsche en *La verdad y la mentira en un sentido extramoral*, pero que desarrolla con mayor profundidad Proust, cuando distingue una memoria superficial, que sirve para la vida práctica, la de las relaciones sociales, y otra profunda que es en la que se configura la conciencia que tenemos de nuestra propia vida. Esta dimensión poética del recuerdo que trae a la memoria lo olvidado, es inseparable de la sensibilidad, de ahí que olvido y dolor guarden un estrecho vínculo en el tormento amoroso, y que, como se señala en el *Arte de amar* de Ovidio, el olvido sea la mejor medicina para el descanso del enamorado sufriente. Por su parte, Freud alude al olvido al tratar los traumas y la represión en la teoría de la neurosis, ya que la imagen traumática no puede ser superada hasta que, a través de la terapia psicoanalítica, pueda ser recordada, esto es, cuando la dejemos pasar al *salón* de la memoria.

Este vínculo entre dolor y olvido es sustancial en la memoria colectiva, especialmente cuando el recuerdo de los crímenes y genocidios sufridos por un pueblo se convierte en una forma de resistencia ante la opresión. El olvido puede servir entonces para engañar, lo cual tiene consecuencias morales porque esta cancelación del recuerdo es una forma de poder basada en la apropiación del sentido de verdad, como uno en el que no caben otros puntos de vista. Para Nietzsche, este

proceso de apropiación del sentido es visible en el proceso civilizatorio que ha puesto todo su empeño en garantizar una seguridad afincada en la literalidad de los conceptos lógicos, que requiere del necesario olvido de todas las metáforas que subyacen a ellos; una mentira que sustenta nuestra creencia en que el papel de las imágenes en el lenguaje es irrelevante al lado de los cálculos lógicos que dan como resultado la expresión lingüística de los pensamientos.

Memoria y olvido son dos aspectos que subyacen al funcionamiento del lenguaje, su marginalidad, el olvido en que han caído, merece atención. Después de haber leído estos dos extraordinarios libros, me parece que si separamos al pensamiento de la imaginación, y a la razón de la sensibilidad, no podremos tener una visión completa del funcionamiento de nuestro lenguaje. Valdría la pena considerar esta perspectiva, pues ello daría pie a nuevos modos de pensar que nutrirían lo que constituye por ahora nuestro saber, es decir, nuestra memoria que recuperaría así algo de lo que se ha perdido en el olvido.

*Laura Adriana Hernández Martínez*  
Universidad Autónoma Metropolitana–Iztapalapa

D. R. © Laura A. Hernández Martínez, México, D. F., julio–diciembre, 2006.